

PRIMER PREMIO

Palabras

De Pedro Luis López Pérez

Siempre pensé que cuando faltara mamá los días serían grises, borrachos de lluvia, pero era el julio de Castilla, y el sol de tan fuerte casi no dejaba ver. Al abrir la puerta de la casa me comió la oscuridad unos segundos, hasta que se me acostumbró la vista. Olía como siempre, esa mezcla de jabón Lux, cocido de los domingos y lana muy lavada.

–Hija, me tienes que conseguir unos cuadraditos de esos que se pegan –me dijo la última vez que vino a verme a casa.

–¿Unos post it? ¡Pero si te he dado tres paquetes hace un par de semanas y otros tantos hace poco! –dije, sonriendo– ¿en qué andas, mamá?

–Nada, una cosa de la escuela de mayores –dijo, restando importancia con un vaivén de la mano.

–Vale, mañana te los acerco a casa.

–No, no, me avisas y nos vemos aquí, en tu casa, así le doy una vuelta a la plancha.

–Mamá, que ya sabes que tengo una chica que viene a planchar una vez a la semana.

–Ya, pero esa seguro que no te plancha las blusas en condiciones. Hay que tener mucho cuidado con esas telas, que a la que te despistas un segundo se queman y vas hecha una adana.

Y así, entre excusas y medias verdades, hacía más de un año que no entraba en su casa. Hasta que ayer me llamaron del hospital. Se había comido un yogur caducado, se sintió mal y llamó a una ambulancia. Mi madre siempre había sido así, por no molestar no avisó ni a su propia hija. Le hemos tenido que hacer un lavado de estómago, me dijo la médico. Ella insiste en que era un yogur, pero era una de crema de cara. Me enseñó un bote de Oil of Ulay metido en una bolsa de plástico. Creo que debería estar un poco más atenta a su madre. Bajo la mirada de la médico me sentí como cuando te pillaban en falta en el colegio.

Encendí la luz del pasillo. Ahí estaba el mueble telefonero con las marcas de mil golpes de triciclo, el cuadro de los perros jugando al poker y el pecesito de conchas que ponía “Recuerdo de la Toja”. Sobre el teléfono, un post it grande, amarillo, “Llamar a

Henar”, y mi número de teléfono apuntado. Sobre el recuerdo de Galicia, otro post it “De cuando me casé con Germán”. La luz de julio acuchillaba las paredes con trazos gruesos que se escurrían entre las contraventanas mal cerradas.

En el salón todo tenía también un post it pegado. “5 para Jorge Javier, 1 para tiempos revueltos”; “siesta”, decía el post it pegado en el sofá. En la pared, todas las fotos con su papel pegado “Mi marido. Se llamaba Germán. Murió”; “Hijo, Pedro, dos hijos”; “Hugo y Martín, hijos de Pedro”; “Yo de joven”. En la cocina, el cajón de los cubiertos “para sopa”; “para cortar carne”; “para ensalada”. El gel y el champú con sus post it “cabeza”, “cuerpo” en el baño. Todos los medicamentos con su papelito azul pegado “mañana, tarde, noche”. “sentarse, no dormir que luego te duele el cuello” en el respaldo de la silla. Todas las habitaciones eran un delirio de papeles pegados, escritos con caligrafía de niña aplicada de foto en blanco y negro con mapa de España detrás.

Sobre la mesa del salón, un montón de post it pequeños, de color azul eléctrico, con mi nombre escrito. Henar. Henar. Henar. Henar. Henar. Miré a mi alrededor y vi que ninguna de las fotos en las que aparecía yo tenía cartelito. Mi nombre era la última palabra que mi madre iba a olvidar.

La médico del hospital me llamó. El cielo se ennegreció de repente y cayó una tormenta de verano.